

Colaboradores de PATRIA

CATOLICOS INTELECTUALES Y CATOLICOS POLITICOS

Por Adolfo MUÑOZ-ALONSO

LOS católicos —intelectuales y políticos— están ensayando en el pentagrama planetario unas vías de acceso a la cultura y a la política que susciten la aprobación del pueblo fiel. Para lograr su propósito exhiben todos el pasaporte conciliar en sus pretensiones. Algunos estampan en sus páginas el visado de la "Populorum progressio". No sólo potencian la novedad del pasaporte y del visado sino que se esfuerzan por dotar de valor colectivo a su documento personal de turismo.

Cuando nosotros nos hemos atrevido a decir en más de una ocasión que algo está cambiando en el mundo de la política y de la cultura entre los católicos, no acentuábamos la noción del cambio con referencia a la doctrina católica concebida como tesoro dogmático, sino que apuntábamos a la actitud adoptada por los católicos —intelectuales y políticos— ante el fenómeno conciliar y ante el nuevo estilo de las encíclicas. No deja de ser curioso —curioso y lamentable— que sean muchos los católicos políticos y los intelectuales católicos que cifran su ostentación

adhesiva en las particulares movilizaciones, con olvido elocuente de las verdades permanentes.

Descenderé a un ejemplo significativo y sugerido. El Concilio Vaticano II ha constituido —también en las intenciones pontificias— un fenómeno universal. No ya católico —que esto es obvio— sino universal. La Iglesia ha querido mostrarse ante el mundo en lo que es, en lo que piensa, en lo que quiere y en lo que padece. Lo ha realizado con pureza, con serenidad y sin rebozo.

Lo que sucede es que una presentación de este género requería un lenguaje inteligible en el mundo entero y una recomposición de las ideas más elementales, arrancando de las nociones comunes y de las exigencias primarias. La Iglesia ha creído que el mundo ha llegado a una situación en que tiene que tomar conciencia de la dignidad de la persona humana y armarse de fortaleza ante la mentalización colectivista que nos invade con signo positivo y negativo, que habrá que descifrar y resolver.

Pues bien, algunos católicos intelectuales y políticos han interpreta-

do el fenómeno con criterio distinto —a veces contrario— al que ha adoptado la Iglesia, dando lugar a esa desdichada diferenciación de progresistas y conservadores. Sin arrogarme título alguno de definidor o de intérprete, sino acudiendo a mi leal saber y entender, creo que se puede asegurar que cualquier interpretación que debilita las verdades dogmáticas reveladas es una interpretación torcida, y que todas las interpretaciones que ahonden la fe católica y animen a la práctica de los sacramentos y al reconocimiento vital, personal, social y familiar de la Religión es la interpretación correcta y sin falsía.

No consigo entender, por muchos esfuerzos que hago, cómo pueda interpretarse el Concilio como una disolución de la fe y de la práctica sacramental en una homogeneización naturalista, en un retorno al instintivismo racionalista o en una recaída en el empirismo positivista. Cabalmente lo que nos enseña la Iglesia en nuestros días—para el que sepa leer— que la naturaleza humana se degradará en sus principios de orden primario si desconoce la posibilidad de un orden sobrenatural, inaccesible a quienes se empeñan en entregar a su razón individual las llaves del secreto de la vida y de la muerte, de la cultura o de la política.

El hecho nuevo, la explosión actual, que se cifra en la conciencia personal y en la socialización, son atendidos por la Iglesia Católica como realidades que hay que tener muy en cuenta para la evangelización. En una hipótesis superficial y deteriorada cabría pensar que la Iglesia hubiera podido prescindir de estas dos peculiaridades, contentándose con decir su verdad en expresiones utópicas y uerónicas. No sólo no ha empleado este lenguaje anacrónico y mustio sino que ha comenzado por el reconocimiento expresivo de la situación real. Pero no ha introducido "la situación" como un ingrediente valioso de la verdad divina revelada, sino como la simple constatación de un hecho con el que hay que contar.

No todo lo que sucede es deseable, ni todo lo tolerable es permisible, ni todo lo aguantable es bendecible. Pero lo que ciertamente no parece correcto en forma alguna es utilizar la doctrina conciliar o las encíclicas para tranquilizar opiniones subjetivas nacidas al hervor de motivaciones dudosas, o dogmatizar con textos pontificios la inmensa muchedumbre de posibilidades culturales y políticas, en las que el Concilio no entra ni las Encíclicas tienen porqué entrar.

Dire más; si de la lectura de los textos eclesiásticos no obtenemos un deseo más puro de vida personal cristiana, practicando la socialización como una más intensa comunión con Dios, en el terreno íntimo de nuestra conciencia personal y familiar, es que estamos leyendo al sesgo lo que ha sido escrito y pensado para ser leído de frente. Los progresistas y los conservadores constituyen el ejemplo negativo de esta pesima lectura de los Documentos eclesiásticos, ya sean intelectuales o sean políticos los lectores. — (PY-RESA)